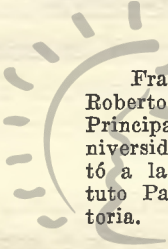


Autoctonismo de las culturas andinas.

(INTRODUCCION AL ESTUDIO DE LA SOCIOLOGIA PERUANA)



Fragmento de la Ponencia que el Dr. Roberto Mac-Lean y Estenós, Catedrático Principal Titular de Sociología de la Universidad Mayor de San Marcos, presentó a la III Asamblea General del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

No fueron autóctonos los primeros hombres que habitaron América. Sucesivos aluviones inmigratorios, en épocas ancestrales, los trajeron a estas tierras, ignoradas para la civilización del Viejo Mundo. Esos hombres no habían salido aún del estado primario del salvajismo. Inmigrantes y salvajes, pero inteligentes, los primitivos pobladores de América —y por ende del Perú— a través de muchos siglos, y de mucho más generaciones, fueron encendiendo, en la costa y en la sierra, el foco de las culturas autóctonas.

ORIGEN DE LA VIDA EN AMERICA.—PROCESO DE FORMACION DEL CONTINENTE AMERICANO.

Las acciones y reacciones geológicas, debidas a las contracciones del núcleo central incandescente, originaron, en

época que la ciencia no puede precisar, el levantamiento de una faja de tierra y la formación de las primeras cordilleras y de los primeros valles, en esa área que hasta entonces estuvo ocupada por el mar. Fósiles antiquísimos de vegetales y de animales marinos, encontrados en las cumbres de los Andes —primeros levantamientos de la tierra americana— recuerdan la era en que ésta formaba el inmenso lecho del Océano, cuando se confundían las aguas del Atlántico y del Pacífico, en un mismo mar. Una curiosa teoría supone que el Lago Titicaca, fué un pedazo de ese mar pre-histórico que, encerrado entre las vértebras andinas, se elevó, en ese proceso multiseccular, hasta las mayores alturas, a manera de una ofrenda simbólica que la tierra levantaba hacia el cielo.

El Mundo Antiguo ignoró la existencia del nuestro, ya que la concepción platónica sobre la Tierra de los Atlántes, no corresponde, en caso de ser cierta, a nuestra ubicación geográfica sino a la del Océano Atlántico. Así se desprende de la lectura del documento de Thibeo, sacerdote egipcio, que utilizó el filósofo griego, y según el cual el continente desaparecido estuvo situado al oeste de Gibraltar, habiendo logrado un alto nivel cultural sus pobladores que vivieron en una época que sitúa Platón ocho mil años antes de Cristo.

Las investigaciones de Bad-Landst en las capas geológicas y los fósiles encontrados en ellas, acreditan que la geología de América no es diferente a la de los demás continentes y que igual analogía se observa en la aparición y desarrollo de los gérmenes vitales, desde los más simples hasta los más complejos. Existen, pues, en el Nuevo Mundo, terrenos primarios, secundarios, terciarios y cuaternarios. En épocas anteriores a la terciaria habrían existido ciertas posibles vías de comunicación, por la tierra llamada "Eris" —cuyos restos son Islandia y Groenlandia— entre América del Norte y Europa. Admítase igualmente la posibilidad de una comunica-

ción terrestre entre América del Sur y Africa, antes del desprendimiento que hubo de realizarse en el período oligoceno de la era terciaria; y de una solución de continuidad entre Alaska y Asia, por Behring. Hácense iguales conjeturas sobre los nexos existentes entre América y la Atlántida, en la hipótesis que hubiera existido ese continente desaparecido, cuyas huellas podrían ser tal vez esos dos grandes submarinos existentes en el fondo del Atlántico, uno de los cuales se extiende de norte a sur, a lo largo de la costa atlántica y el otro frente a la costa de Europa y Africa; la gran cordillera submarina cuyas más elevadas salientes estarían formada por las islas Azores, Madera, las Canarias y las de Cabo Verde; del Mar de los Sargazos, vasta región del Atlántico Norte, que podría considerarse como “la boya del continente hundido”, según la expresión del profesor Paul Rivet; y de la península de la Florida y las Islas Bahamas, que serían las pruebas del desgarramiento de la Atlántida, al sumergirse bajo las aguas, en medio del más pavoroso cataclismo.

Las “glaciaciones”, período caracterizado por el enfriamiento de una gran parte del globo, cuyas causas no están definitivamente determinadas y cuya consecuencia fué la desaparición de las especies zoológicas gigantes de la era terciaria, abre la época cuaternaria, transformando la flora, la fauna, los contornos y aún la estructura interna de los continentes. En Europa las “glaciaciones” alcanzaron el límite que sigue la línea imaginaria a lo largo de las costas meridionales de Irlanda, siguiendo hacia el oriente, pasando por Londres, Amsterdam, Polonia, Praga, quedando bajo los hielos la parte septentrional. Las nieves de los Alpes y los Pirineos representan las glaciaciones menores. América pasó también por estos períodos glaciares que no fueron, como pudiera creerse, simples prolongaciones de los casquetes polares porque también intervienen, para explicarlos, otros factores adi-

cionales, como la humedad atmosférica, la evaporación, los vientos, la latitud etc. De esta suerte, el límite de las nieves alcanza en la América del Norte hasta la línea imaginaria entre San Luis y New York, en el paralelo 41. La mayor parte de Alaska, en cambio, comprendida en el círculo ártico, no fué cubierta por los hielos. (1).

La fauna de la América prehistórica, cuyos restos fosilizados se vienen descubriendo en las respectivas capas geológicas, acreditan cierta similitud con la fauna de los otros continentes en las mismas épocas. Por no citar sino los descubrimientos más recientes mencionaremos el esqueleto del "scarritia", animal prehistórico que vivió en la Patagonia hace 30 millones de años, descubierto en el invierno de 1933 por la expedición Scarrit, patrocinada por el hombre de negocios newyorkino H. S. Scarrit y dirigida por el Dr. George Gaylord Simpson, Jefe de la Sección de Paleontología del Museo de Historia Natural de New York, en el que se exhiben los restos. La expedición Scarrit encontró un rebaño de esos animales prehistóricos en el cráter de un volcán, al que fueron atraídos seguramente por un lago que existía en él por aquel entonces, hipótesis que parece verosímil por haberse hallado también fósiles de sapos y ranas de la misma edad que los scarritias.

El Dr. Otto Welter, en la Academia de Ciencias Exactas Físicas y Biológicas de Lima (1939) se refirió al descubrimiento de los restos de mamíferos hoy extinguidos, realizados en esa zona, terraza fluvial de acumulación en cuya superficie arenosa existen los vestigios de una tropical y exuberante flora desaparecida y que se presenta también en Argentina en la época diluvial. (2).

(1) Bulletin of the Geological Society of América, 1929.

(2) Otto Welter, "Importantes Descubrimientos paleontológicos y arqueológicos entre Pacasmayo y Chicama.—Lima, 1939.

El proceso de la creación de América sigue, de esta suerte, el ritmo de la unidad cósmica.

LOS PRIMEROS AGREGADOS HUMANOS EN AMERICA.

Dos orientaciones distintas intentan explicar el origen del hombre americano: el autoctonismo y el inmigracionismo.

Proclama el autoctonismo que el primer hombre que habitó este continente se creó en América y que, por lo tanto, no vino de otras regiones del mundo. Vincúlase esta tendencia, diversificándose, el monogenismo y el poligenismo. El autoctonismo monogenista sostiene que la pareja única, tronco de la raza humana, estuvo en el Nuevo Mundo. Afirma el autoctonismo poligenista que vivió en nuestro continente una de las múltiples parejas que originaron la humanidad.

El profesor argentino Florentino Ameghino creyó reforzar la hipótesis del autoctonismo monogenista al descubrir los fósiles del "tetraprothemo argentinus" que, según él, habitó en la era terciaria durante el mioceno superior, lo que le permitió afirmar que la pampa argentina era la cuna de la humanidad y que el "diprothoplatensis" y el "prothomo u homo pampenus" eran nuestros antecesores directos. El sabio norteamericano Ales Hrdlika y el geólogo Willis, trasladados a la Argentina en 1910 comprobaron la estructura cuaternaria de esos terrenos y le restaron importancia al hombre prehistórico de las pampas argentinas. El pampeano resultó cuaternario como los demás hombres primitivos cuyos fósiles se han encontrado hasta hoy. No obstante la controversia no ha terminado aún.

Quienes impugnan el autoctonismo de los amerindios se basan en la pobreza absoluta del continente americano en restos de tipos pre-humanos que, aproximándose al "sinánthropus" o a la raza de Neanderthal, puedan considerarse como los precursores de nuestra especie.

El autoctonismo poligenista considera a la raza pigmoide la más precoz y la más antigua de las razas humanas. Tanto en América Central como en la del Sur existieron pigmoides, que serían el punto de partida de la evolución humana. La ausencia de los restos que identifiquen a los predecesores de estos pigmoides hacen suponer que los antecedentes de esta evolución no se encuentran en nuestro continente y que, por lo mismo, el pigmoide fué también un producto de importación.

Sostuvo el profesor Arturo Posnansky, que “América es la tierra de origen del hombre americano”, sin dejar de reconocer la posibilidad de que pequeños grupos humanos se hayan trasladado de Asia a América o viceversa, aprovechando los períodos en que ciertos trechos marítimos se hallaran congelados o de las comunicaciones terrestres que en otras épocas geológicas pudieron existir entre los demás continentes y el nuestro, particularmente un puente continental entre América y Africa que existió, según él, hasta el mioceno y sobre el que tiene un interesante trabajo que presentó en 1910, al Congreso Panamericano de Santiago de Chile. Admitió también la existencia de esos puentes intercontinentales entre Asia y Australia por una parte y Australia y América, por otra, por las que migraban las mamalias del oriente al occidente o quizás también en sentido inverso y entre las que, posiblemente, se encuentra el precursor del hombre.

“Por un solo cráneo —afirma Posnansky— por unas pocas afinidades lingüísticas, por unos supuestos bumeranges, por unos cuantos inventos etnológicos, no es posible afirmar, como un hecho demostrado, que en época geológica reciente hubo emigraciones en masa de una a otra parte”. Cree él que existieron dos razas aborígenes, originarias ambas de América aunque de diferente constitución geológica:

la una denominada "Lagoa Santa" por haberse encontrado esta clase de tipos de cráneo en esa región del Brasil; y la otra, antropológicamente opuesta a la anterior, que habita en la región montañosa de los Andes. Estos dos tipos principales se fueron mestizando con el correr de los milenios, formándose así nuevos tipos antropológicos o sub-razas. Encuétrase, aún hoy, tipos puros de las razas originarias: los primeros en la tribu de los Chipeyas, en los desiertos de Carangas (Bolivia); y los segundos, en la comunidad de Collana, situada entre los ríos de la Paz y Palca. "De la raza colla —agrega Posnasky— salieron las castas dominadoras de Tiahuanaco, los constructores de las ciudades prehistóricas del Perú y la casta de los emperadores del Incanato. A esas dos grandes razas principales, aunque ya mestizadas, pertenecen todas las tribus de diversos nombres y lenguaje que habitan las tres Américas. Los progenitores de collas y eruwakes no han venido, no han podido venir de otras partes del mundo, ni en la época cuaternaria ni en épocas anteriores. Las razas que en las Américas han formado un Chichen-Itza, un Mitla, que han dejado los estupendos monumentos de México y Centro-América, de Colombia, del Perú y de Bolivia, no han aportado de afuera del continente". (1).

LA TEORIA DE LAS INMIGRACIONES.

Opuesta a la anterior sostiene que el hombre americano proviene de otros continentes. Conveniente es precisar, con carácter previo, el concepto de inmigración distinguiéndolo de los otros tres movimientos de población, a saber invasión, conquista y colonización, que pueden clasificarse como mi-

(1) Arturo Posnasky, "América, tierra de Origen del Hombre Americano".—Conferencia dictada en la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima.—1939.

graciones y que obedecen siempre a causas que pueden ser políticas, sociales, religiosas o económicas. La inmigración, en cambio, es un fenómeno propio de países civilizados, es un movimiento individual, realizado no para aportar un beneficio a la colectividad sino para mejorar las condiciones del individuo. Puede también la inmigración tener un carácter familiar.

Ni la conquista, ni la invasión, ni la colonización de un mundo totalmente desconocido para ellos, fué ni pudo ser el acicate que tuvieron, en su peregrinaje, los primeros hombres que, hace muchos siglos, llegaron a la América. No fueron, por tanto, oleadas de migraciones, intencionalmente arrojadas por algún Estado asiático o africano para prolongar su jurisdicción en nuestras tierras. Motivos económicos, vinculados a la dificultad de la vida en sus propias regiones, a la pobreza natural y social de sus respectivos países, debieron impulsar a esos individuos aislados o a esos grupos de familias a aventurarse en tierras ignotas para encontrar en ellas las oportunidades de subsistir que les negaba sus propias patrias. Pertenecientes tal vez a pueblos que habían alcanzado determinado coeficiente cultural, esos inmigrantes individuales debieron ser, a juzgar por las huellas que han dejado de su existencia, de una mentalidad sumamente rudimentaria.

No están de acuerdo los inmigracionistas cuando tratan de precisar las posibles rutas que debieron seguir, en las edades remotísimas esos primeros hombres que llegaron de otros continentes para poblar el nuestro. Asia, Europa, la hipotética Atlántida y el Africa son, a juicio de los diversos investigadores, los probables puntos de partida de los primeros pobladores de América.

El profesor Paul Rivet percibe la influencia australiana en América. Sitúa los antecedentes del hombre australia-

no y el primitivo asiento de su civilización en la parte sur del Asia donde se desenvolvió hasta que, rechazado por otros grupos humanos más fuertes y mejor armados, fué retirándose hacia el sur, terminando por emigrar a Australia donde se estableció. El antropólogo francés encuentra características craneanas similares entre las piezas encontradas en la Tierra del Fuego y la del hombre de Australia, comprobatorias de su existencia en esa parte de América. Ambas son de innegable afinidad dolicocefala. De igual manera, tanto en nuestro continente como en el australiano, se han encontrado los "boomerang", armas típicas de Australia. Iguales similitudes presentan las canastas tejidas por los indios de la Tierra del Fuego y las fabricadas por los australianos, observándose en ambas la misma factura y el empleo de idéntico material. Lo mismo decimos de un tipo de barca, común a ambos grupos humanos, en todos sus aspectos y del hacha americana de los habitantes del Brasil central cuya semejanza con el hacha australiana es semejante en todos sus detalles. La lexicografía de ciertos pueblos americanos —patagones y fuegenses— presenta evidentes afinidades con la del hombre australiano. (1). El Padre Smith, Director de la Revista "Anthropos", corroborando esta teoría, ha formado un vocabulario comparado, de ochenticinco palabras elementales y comunes a ambos grupos humanos para designar diferentes partes del cuerpo, los animales, las cosas y los fenómenos de la naturaleza, deduciendo que pertenecen a un mismo modo de expresión.

Rivet desecha la posibilidad de que los australianos pudieran llegar a América siguiendo la ruta del norte de Asia, por cuanto los vestigios australianos en ese continente solo llegan a extenderse hasta el norte de la India, Birmania y

(1) Paul Rivet, "La influencia australiana en América".—Conferencia dictada en la Facultad de Letras de San Marcos.—Lima, 1939.

Tonkín, habiendo sido estériles todas las investigaciones efectuadas más al norte, lo que impide sostener la probabilidad de su llegada por Behring y las Islas Aleutas. Tampoco acepta el profesor francés la hipótesis de que los australianos pudieran llegar a nuestro continente por el Pacífico, en razón de no ser buenos navegantes, lo que indudablemente les impidió salvar las enormes distancias de esa ruta marítima, siendo de notar, además, que a través de la Polinesia, escala lógica en esa ruta, no se encuentran huellas del paso de los australianos, siendo de presumir que, de haberla seguido, se habrían visto obligados a hacer una prolongada escala en esas islas. Cree mas bien él —coincidiendo en esto con la opinión del investigador portugués Méndez Correa— que los australianos utilizaron la vía del Polo Austral y de sus numerosas islas en su migración hacia el extremo sur del continente sudamericano, donde se encuentran las huellas de su influencia etnográfica, antropológica y cultural, las que no adquieren caracteres predominantes seguramente en razón del reducido número de inmigrantes y del precario nivel de su bagaje cultural. Calculan los geólogos en seis mil años la época aproximada de esa inmigración.

El investigador *Nordenskiold* ha tratado de demostrar, por el hallazgo de ciertos artefactos, como la cerbatana, la flauta de pan, etc., la influencia de los melanesios en América que se habría concentrado en Colombia y Panamá. El sabio sueco Lund descubrió en el Estado brasileño de Minas Geraes, en la región llamada Laguasanta, cráneos y restos de animales fosilizados en las cavernas allí existentes, trabajos que fueron ampliados por la Comisión brasileña enviada por el Museo de Río de Janeiro que encontró nuevos cráneos y restos humanos de la raza de Laguasanta que presentan extraordinarias semejanzas con los cráneos de los melanesios y que sirven para sustentar la teoría de una in-

migración a nuestro continente, originada en la Isla *Melanesia*, una de las tres grandes divisiones de la Oceanía, y cuya influencia pre-histórica parece encontrarse también en la Argentina, Patagonia, en los conchales de la costa del Brasil, en la hoya amazónica, en Ecuador y aún en Arizona y California. Los elementos comunes de este orden son, entre otros, las armas como las cerbatanas, rompe-cabezas, hondas; elementos de trabajo como el balancín y los puentes de bejuco; los medios de navegación, canoas, barcas, canoas dobles, etc.; adornos comunes, consistentes en un ojo que se encuentran en la proa de las barcas; las casas en alto que son comunes a los indios hamahuacas del Alto Amazonas y a los pobladores de las diversas islas de la Melanesia; y las similitudes existentes en el vestido, los tejidos, las tinturas, el sistema de decoración de las plumas de aves, la comunicación por medio de tambores a través de largas distancias, las comidas y bebidas sujetas a semejante elaboración, las mismas formas de cultivo y la existencia en las Islas Filipinas de andenes utilizados para contener la erosión del suelo, exactamente iguales a los de las diversas regiones de nuestra sierra peruana, las máscaras usadas en las danzas rituales, las mismas deformaciones del cuerpo (como la de las pantorrillas mediante correas), el ennegrecimiento de la dentadura y las incrustaciones en los incisivos; la semejanza entre las estólicas encontradas en el Ecuador y las que usan los aborígenes de Oceanía, así como los tallados en piedra y en metal; las similitudes existentes entre la honda de los antiguos peruanos y la de los habitantes de las Islas Marquesas entre los puentes de bejuco encontrados en el interior de Guatemala y los de Nueva Guinea, las balsas de los uros del Titicaca y del Desaguadero y las de Oceanía; las semejanzas ortográficas y fonéticas entre el vocabulario de los melanesios y el de los indios Hoka que habitan el Este de

Oregón; todo lo que, en fin, constituyen, los indicios evidentes de la influencia melanésica en América.

Cree Rivet que la ruta empleada por los melanesios en su viaje hacia América fué la de la Isla de Pascua, ya que existen en ella huellas de su paso. (1).

Existe también la posibilidad de que los primeros hombres que llegaron a América fueran de origen *polinésico*. Los polinesios fueron navegantes. Usaban embarcaciones fuertes y de gran tamaño. Entre sus principales hazañas se cuentan la colonización de la isla de Hawai, a más de 2,000 millas de California y de la isla de Pascua a igual distancia de la costa de Chile, asombrosa por sus monumentos megalíticos que han servido para plantear la hipótesis de sus relaciones culturales con el Perú antiguo, llegándose a afirmar también que de esa isla leyendaria —descubierta según unos por Pedro Fernández de Quiroz, comandante de una expedición que partió del Callao, en febrero de 1606 y según otros por el Almirante holandés Roggeween en 1772, quien la bautizó con el nombre que actualmente tiene— salieron los primeros pobladores del Imperio del Tahuantisuyu.

Aseguran algunos antropólogos que la ruta natural y la más fácil, por ende la que utilizaron los hombres primitivos para venir a América, fué la de *Behring* que, según se supone, tuvo en otras épocas una solución de continuidad terrestre, antes de que un golpe geológico la convirtiese en estrecho, cuyas aguas se congelan durante el invierno y que, por lo demás, en las otras épocas del año, aún hoy, no ofrece dificultad alguna para la travesía de las embarcaciones por modestas que estas sean. Jockelson observa, con razón, que “ese Estrecho jamás pudo haber constituido una barrera étnica” y, complementando ese pensamiento, agrega Jennes

(1) Paul Rivet, “La Raza Melanesia en América”.—Segunda Conferencia. 1939.

que “los habitantes de la región del Cabo Príncipe de Gales sostenían, antes de la llegada de los europeos, más relaciones con las costas opuestas del Asia que con sus compañeros de América”.

Otra posible vía de acceso a la América, en la época primitiva, debió ser, más al sur, la cadena volcánica de las setenta islas Aleutinas con una extensión de mil trescientos kilómetros de longitud y acentúan esa posibilidad las análogas condiciones culturales, étnicas y lingüísticas de los pueblos que habitan ambas orillas de esta región del Pacífico.

Todos estos antecedentes permiten afirmar, como lo hace Paul Rivet, que los hombres primitivos de América llegaron, por sucesivas inmigraciones, procedentes del Asia, de la Oceanía y también de Australia. El hombre del Asia fué el primero en poner pié en América siguiendo la ruta de Behring. La segunda inmigración provino de las islas de Oceanía, especialmente de la Melanesia y de la Polinesia, con una antigüedad que el antropólogo francés hace fluctuar entre los diez mil y los quince mil años. Esos pueblos de audaces navegantes abordarían nuestro continente en diversos puntos de sus dilatadas costas. La tercera oleada humana, de menor número y precarios alcances culturales, vino de Australia, hace aproximadamente sesenta siglos, cuando determinadas circunstancias de transición geológica hicieron posible una ruta con escalas en los linderos del continente austral y, por él, hasta la Tierra del Fuego y la Patagonia.

La raza americana tiene, pues, según Rivet, su origen en tres grupos migratorios que se han mestizado con el transcurso de los siglos, perdiendo sus características originales, pero conservando los vestigios de sus ancestros. El aborigen de nuestro continente mantiene los signos constitutivos de esas tres razas, con las transformaciones derivadas de la influencia plurisecular del medio físico y con los nuevos aportes étnicos de las épocas ulteriores.

El “*complejo heliolítico*” —cuyo nombre deriva del culto del sol y del uso de la piedra— contribuye a robustecer la teoría del origen asiático de los americanos primitivos. Aparte del culto solar, común a las culturas antiguas de ambos continentes, y de los elementos ya citados, existen nuevos signos que comprueban las relaciones culturales entre los pueblos de ambas regiones del mundo y que, por su naturaleza, su multiplicidad y su detalle, no podrían ser explicados por el paralelismo social, sino, más bien, por la difusión de los elementos constitutivos de una colectividad por acción directa de uno o varios de sus componentes. Ellos son, entre otros, la armadura acolchada, el arco musical, el arco reforzado con tendones, determinado tipo de azadón, el bastón de ritmo, las casas sobre pilotes, las que tienen planchas de madera y las que están cubiertas de tierra, las chozas en forma de colmena, el disco alado, el dragón como motivo artístico, las estatuas pétreas, los implementos para macerar las cortezas, las incrustaciones dentales, determinados tipos de cabeza de lanza, los mazos de piedra anulares y estiliformes, los puentes colgantes, los remos dobles, las tiendas de campaña, el tambor para señales, las velas para la navegación, la cerámica, la canastería, la cremación, el ayuno religioso, la masticación de drogas, las mutilaciones digitales, la creencia en la petrificación de los seres humanos, la fabricación de las redes, las perforaciones auriculares, los sacrificios humanos, las deformaciones craneanas, el culto a los astros, las extraordinarias coincidencias entre sus sistemas religiosos, las analogías de sus regímenes políticos, la creencia en la misión tutelar o vengativa de los muertos, según reciban estos culto familiar o se les tenga en olvido, el origen divino de sus monarcas, hijos del sol en el Egipto y en el Perú, hijos del cielo en la China milenaria y otros signos que marcan nuevas afinidades entre los antiguos habitantes del Asia y los

primeros pobladores de América, entre el mongol asiático y el mongoloide americano.

Los indicios leyendarios contribuyen también, en parte, a apuntalar la verosimilitud de esta hipótesis. La tradición china del Fusang narra que un sacerdote —Hoci Sing— abandonó su país, en peregrinación religiosa, llegando, después de muchos años, a un mundo desconocido donde encontró un imperio poderoso que se supone sea el azteca. La leyenda mongolesa del Rey Kublai-Kan afirma que uno de los príncipes fué comisionado, por su padre, para que, al frente de una poderosa escuadra, atacara al Japón. Extraviáronse los barcos durante la travesía y después de navegar algunas semanas llegaron a unas tierras, completamente desconocidas, donde el Gran Kan fundó un imperio. Los equivocados comentaristas e interpretadores creen ver, en ese príncipe a Manco-Cápac. La tendencia inmigracionista para explicar el origen del americano primitivo tiene una nueva expresión en la *teoría de la ruta atlántica* que afirma que fué por este océano y no por el Pacífico por donde llegaron los primeros pobladores de nuestro continente. Se subdivide en tres orientaciones: la atlántida, la europea y la africana. Afirma la primera de ellas que los americanos primitivos procedieron del continente atlántida, del que emigraron, despavoridos, a consecuencia de los sucesivos cataclismos que fueron hundiendo esas tierras, para llegar al extremo oriente del Brasil y continuar en incesante peregrinación, siempre hacia el occidente, siguiendo la ruta del sol, a través de muchos siglos e innumerables generaciones, en las que fué produciéndose la inevitable selección que debió dar prioridad a los más fuertes, en esa lucha diaria, y a veces terrible, contra la naturaleza. Mientras los grupos más débiles eran incapaces de seguir el avance y se resignaban a quedarse en medio de las selvas amazónicas, sirviendo de tronco ancestral a las numerosas tribus que hasta hoy



las habitan, los grupos más fuertes y mejor dotados continuarían su avance hacia el oeste hasta llegar, después de varias centurias de selección, a los primeros contrafuertes de la cordillera oriental de los Andes para escalarlos y crear, en sus cumbres, la poderosa y antiquísima civilización del Tiahuanaco. Rómulo Cúneo Vidal, sostiene este punto de vista. Afirma que el “documento fehaciente” de esa peregrinación es el friso del Arco de Kalasasaya, explicando su arte, dominado por el tema del “signo escalonado” como un trasunto de los tramos cordilleranos que fueron escalando los descendientes de los fugitivos del Atlántida, “reminiscencia de la progresión angustiosa de una humanidad asendereada, del llano a las tierras altas, y de un tramo inferior de cordillera a otro superior y así sucesivamente, en busca de una salvación y de un sosegado vivir que solo pudo brindarle la encumbrada meseta andina”.

“La cuna de las razas y civilizaciones que, amalgamadas intervinieron en la fundación del Tiahuanaco —dice Cúneo Vidal,— se meció en la extremidad oriental del continente americano, mucho más extendido hacia el oriente que el de nuestros días, del cual cabe pensar que dependiese la desaparecida Atlántida en su sentido ya insular o ya peninsular”. “En determinado milenio de las edades geológicas, cuando el hombre no había hecho aún su aparición sobre la faz de la tierra americana, se produjo en la extremidad oriental de esta última, por repercusión del levantamiento paulatino del sistema de los Andes, una serie de hundimientos y de aniegos, acompañados de erupciones volcánicas, terremotos, desquiciamientos de terreno y desbordes de ríos, obstruídos en su curso por la invasión de las lavas. Trascorridos los primeros instantes de mortal asombro de una humanidad amenazada de una destrucción inminente, es de suponer que se produjese en sus filas, en islas y comarcas comprometidas

por la catástrofe, una huída alocada tierras adentro, en busca de una salvación que solo pudieron brindarle las cumbres del sistema montañoso de los Andes. En la revuelta fauna que participó de aquella angustiada retirada, viéronse confundidas las colectividades humanas autoras de los primeros conatos de civilización de que fueron teatro las orillas del Atlántico y sus islas, arrastradas, la superior y la inferior, por un incontenible pánico; el padre abandonando a la prole, el mozo al anciano, el varón a la hembra, sin más pensamiento ni mira inmediatos que poner la mayor distancia posible entre el propio yo y la tierra próxima a sumirse en los abismos de una mar implacable. No tardaron en pronunciarse nuevas desdichas que obligaron a los inmigrantes a reanudar su interrumpida carrera, a través de la perdurable manigua, bajo la forma de epidemias asoladoras, plagas de mosquitos y de tábanos, mordeduras de reptiles venenosos, acometidas de caimanes famélicos que desalojara de sus acostumbradas madrigueras, en el estuario de los ríos, la invasión del océano. En este orden de ideas, la manigua primaveral con la maraña de sus bosques, el recelo permanente de sus alimañas y el rigor de sus privaciones, fué toda una escuela de resolución, todo un palenque de denuedo; todo un crisol amalgamador de aptitudes y de cualidades, en el cual de la fusión de cien razas diferentes insulares, costeñas y mediterráneas, había de surgir una raza privilegiada y verdaderamente primogénita: la collagua o colla, equivocadamente llamada aimara". (1).

Esta teoría no tiene la comprobación de la ciencia, cuyos esfuerzos han sido hasta hoy inútiles, para demostrar la existencia de la hipotética Atlántida, continente al que se

(1) Rómulo Cúneo Vidal, "Historia de la Civilización Peruana".—Editorial Maucci.—Barcelona.

supone punto de partida de esas inmigraciones ancestrales, crisol y fragua de las primeras razas americanas.

Plantéase también la posibilidad de que fuesen europeos los primeros pobladores de América, venidos tal vez por la ruta Islandia-Groenlandia, actuales restos de un hipotético puente insular que pudo existir en épocas remotísimas entre Europa y el Nuevo Mundo. Surge igualmente la hipótesis del origen africano de los primeros pobladores de este continente, fundándose en otro posible puente isleño que uniría la tierra negra con el extremo oriental de América y a la antigüedad que se atribuye a los restos humanos de Lagoasanta en el Brasil, descubiertos en 1835 y 1844 por el explorador danés Lund, juntos con otros pertenecientes a los animales antediluvianos entre los que se reconoció al plantyon, al megaterium y smilón, ya desaparecidos y de otras especies que subsisten todavía.

Somos monogenistas. Admitimos el origen único de la especie humana, mientras no surgan las pruebas que destruyan los argumentos monogenistas y expliquen la identidad de los caracteres orgánicos de nuestra especie que hasta hoy resultan inexplicables por las teorías poligenistas. El tronco único de la raza humana no estuvo en América. Los más antiguos restos humanos que se han encontrado hasta hoy corresponden a otros continentes. De allí vinieron al nuestro los primeros pobladores, en sucesivas olas migratorias, procedentes del Asia, ya sea por la vía oceánica o por la ruta de Behring, no siendo imposible, además, que esas inmigraciones se enriquecieran con algunos aportes, llegados tal vez de Europa por el puente isleño del círculo ártico, quizás del Africa por el extremo oriente del Brasil.

ANTIGÜEDAD DEL HOMBRE AMERICANO Y DIVERSIDAD DE RAZAS.

Todavía no se ha cerrado la discusión sobre la antigüedad del hombre americano. Entre las más antiguas se considera a la raza de Lagoasanta. Basándose en las condiciones en que fueron descubiertos sus restos y al estado de mineralización que presentan, Quatrefages (1879) la remonta a la edad del reno y Kollman (1884) dedujo también una fecha muy lejana. El primero de ellos, además, creyó ver el tipo craneano de Lagoasanta, aunque ya mestizado, tanto en Bolivia como en el Perú. Hansen, defensor de las relaciones raciales entre América y Oceanía, encuentra similitudes entre el tipo lagoasanta y el melanesio y Kate afirma que ese mismo tipo tuvo su representación en Baja California.

El territorio de México figura también en el escenario de importantes descubrimientos que demostrarían la antigüedad del hombre americano, mereciendo citarse, entre otros, los del Peñón, los del Pedregal y los de Iztlán.

Igualmente, desde el siglo XVIII, han venido realizándose descubrimientos de fósiles humanos, asociados con artefactos rudimentarios y animales extinguidos, al norte de río Bravo, ya en los E. E. U. U.

El investigador Ales Hrdlicka, en su libro "Early Man in South America" y William H. Holmes, Jefe del Bureau of American Ethnology, ha combatido las tesis sobre la extrema antigüedad del hombre americano, sosteniendo el carácter neolítico de sus industrias, (1) frente a las afirmaciones de Abbot, Wilson y Haynes tendientes a demostrar el carácter paleolítico en los artefactos de la primitiva industria amerindia.

(1) Ales Hrdlicka. "Early Man in South América".

Llegados a la América por sucesivos aluviones inmigratorios y aislados entre sí por enormes distancias, invencibles entonces, los núcleos humanos empiezan a diversificarse por la acción constante del medio físico y por su proceso autogénico. En los círculos polares se establecen los esquimales, en lucha milenaria con los rigores del clima que absorbe todas sus energías y no les deja ninguna reserva espiritual para crear una cultura. En el Canadá, en la región de los grandes lagos, viven las tribus pacíficas de los hurones, los algonquinos y los iroqueses. Los otomíes fueron los primeros pobladores de la Meseta llamada del Anahuac, por haber dominado posteriormente en ella los nahuas, a través de las inmigraciones sucesivas de los toltecas, chichimecas y aztecas. Los toltecas llegaron a forjar una organización monárquica y tuvieron, en religión, el privilegio de creer en un ser supremo. Quetzalcohuatl fué el gran predicador mono-teísta. El calendario resume sus conocimientos matemáticos, y sus templos, palacios y monumentos perennizan sus aptitudes artísticas. Siglos después los aztecas los aventajaron en civilización, perfeccionando su organización social y política, confederando sus clanes, desarrollando sus artes y sus industrias, dejando a la posteridad asombrosas obras de ingeniería hidráulica y el recuerdo trágico de los teocallis donde rendían culto a Huitzilopochtli, dios de la guerra y primera figura del politeísmo.

Los mayas habitaron la Península del Yucatán y fueron producto de dos inmigraciones que llegaron sucesivamente en los siglos I y II de nuestra era: la primera, acaudillada por Holon-Chang que fundó la dinastía de los chanes y construyó la ciudad de Chichen Itzá y Mayapán: y la segunda dirigida por Tutul-Xiú que edificó la ciudad de Uxmal. Confederación tribal teocrática, los mayas fueron pueblos cultos que conocieron la escritura, cuyos signos se perennizaron en los bajos-relieves y en los códices o catunes, la ar-

quitectura que dejó bellísimos ejemplares, la escultura que perpetuó la figura de sus dioses, el calendario que habla de sus adelantos en las matemáticas y en la astronomía y el comercio en el que nada tienen que envidiar a los fenicios. (1).

Supervivencia actual de un grupo étnico antiquísimo, con un nivel de vida más bajo que el de los cazadores de cabezas de Borneo o el de las tribus negras del Africa, es la raza de los Seris, que vive en la Isla del Tiburón, a dos millas de la costa del Estado de Sonora, en el Golfo de Baja California, México. Las gentes viven en el suelo sin ninguna protección contra el sol o la lluvia, sin haber aprendido a arar la tierra, ni a fabricar otros utensilios que rudas canastas de paja y toscas embarcaciones pequeñas de igual material. Comen la carne cruda aunque conocen el fuego. Se valen de los dientes y de las uñas para cortar. No tienen dioses, ni religión, ni tabús. Su odio irreconciliable y su temor supersticioso a los extranjeros, los ha mantenido fanáticamente celosos de su libertad, habiendo recibido a los misioneros españoles con flechas envenenadas y lluvia de piedras y asesinando a todos los que no fueran de su raza. Llevan hasta hoy una vida miserable y nómada. Se dedican a la caza de los venados y, a falta de armas, lo hacen con la mano, persiguiendo en pequeños grupos a los animales y cansándolos en esa persecución. Su régimen es el matriarcal y su sistema político la ginecocracia.

Los quiches, los cackchikelos, los chorotegas y los caribes —estos últimos de temible ferocidad y bárbaras costumbres— se extendieron por la región de la América Central y la cuenca de las Antillas. En Sudamérica multiplicáronse también las razas aborígenes. La altiplanicie de Cundinamarca (Colombia) estuvo habitada por los chibchas o muiscas, divididos en varios cacicazgos rivales, que tenían

(1) Jorge Guillermo Leguía, "Historia de América".

como denominador común el absolutismo en el gobierno, garantizado por el servilismo en las indiadadas, una religión basada en la astrolatría, animismo y manismo, conocimientos agrícolas, alfareros y metalúrgicos y un comercio incipiente con la permuta o la compra, mediante monedas o "tunjos". Los muxos y los panches fueron antropófagos. El traumatismo de la conquista española truncó el incipiente proceso cultural de los chibchas que estaba en marcha.

Los quechuas y aimaras se extendieron en el Perú y Bolivia y forjaron civilizaciones esplendorosas cuyas huellas eternas asombran a los siglos. Los caras y los shiris poblaron las regiones del Ecuador. Vivieron en Chile los araucanos, indomables en su bravura, que habían resistido, victoriosamente, la expansión conquistadora del Incanato. Los tupis habitaron las selvas brasileñas y se mezclaron posteriormente con los guaraníes del Paraguay formando un grupo étnico tupi-guaraní. Los charrúas fueron los aborígenes del Uruguay. Y en la Argentina se multiplicaron los grupos aborígenes siendo los principales los diaguitas o calchaquíes en el Tucumán, los pampeanos en la región de las Pampas, los patagones en la Patagonia y los fueguinos, en el extremo sur, en la Tierra del Fuego. Ninguno de estos últimos agregados humanos pudo librarse del primitivismo de su estado embrionario y fué capaz de crear una civilización.

ORIGENES DE LOS PERUANOS.—PERSPECTIVA SOCIOLOGICA DEL PERU ANTIGUO.

El Perú, a través del Pre-Incanato, el Tahuantisuyu, la Colonia y la República ha constituido una sola realidad geográfica, cada vez más restringida, y cuatro medios sociológicos distintos. Sus primeros pobladores, allá en la nebulosa de los tiempos, alumbrada solo por la leyenda que es la fé de los pueblos cuando falta la historia, fueron produc-

to de sucesivos aluviones inmigratorios, acaso de procedencia maya, quizás de origen araucano o atlántico, posiblemente de abolengo asiático, que llegaron por tierra a nuestro continente, atravesando el entonces istmo de Behring, o que vinieron por mar, a nuestras playas, siguiendo la ruta polinésica.

A los arios, a los mongoles, a los tártaros, a los griegos, a los egipcios, a los fenicios y a los iberos se les atribuye haber engrosado las primeras legiones humanas que llegaron al Perú. La semejanza de ciertos artefactos y costumbres han permitido aseverar la posibilidad del origen fenicio. Algunas coincidencias de su filosofía religiosa dan pábulo a la hipótesis de la remota ascendencia judía. La afición de los peruanos primitivos a los cantos épicos sirve al Padre Acosta para intuir el origen griego y la semejanza de las cosmogonías lo llevan a admitir la posibilidad ancestral de los egipcios. Anchorena afirma que los tártaros fueron los progenitores de los peruanos primitivos, a mérito de ciertas similitudes craneanas que Hardlick encontró entre los siberianos y los mongoles con los hombres de tipo americano. Analogía idiomáticas — palabras comunes o similares en el Perú antiguo y en Oceanía — autorizan a Rivet para afirmar la ascendencia polinésica de nuestros aborígenes, en tanto que otros lingüistas proclaman la progenie ibérica, en mérito de análogas semejanzas de algunas palabras vascuences y quechuas. Díaz Romero plantea la teoría del origen atlántida del Tiahuanaco, cuya arquitectura, por lo demás, tiene alguna similitud con las construcciones de Carnac y de la Isla de Pascua. Entre los cronistas españoles, el P. Juan de Velasco acepta la descendencia camítica de los indios de Cuba; el P. Sumilla, con ingenuo alarde de presición, afirma que 131 años después del diluvio el hombre vino a América e induce que cinco siglos más tarde se conservaban aún vivos los re-

cuerdos del cataclismo; (1) y Montesinos habla de una población armenia que establece sus viviendas en el Perú.

Los descubrimientos arqueológicos no autorizan tan variada promiscuidad de hipótesis. Los más antiguos vestigios de restos humanos, en el Perú, se han encontrado en Arica. Sus hombres pertenecen al tipo chelense degenerado. No conocen la alfarería, ni la metalurgia, ni la agricultura, ni el arte de tejer. Viven de la pesca. Inhuman sus cadáveres en posesión tendida. Y su salvajismo no siente ninguna inquietud espiritual. Al tipo del pescador de Arica, suceden los pescadores de Ancón cuyo restos se aglomeran en pequeña colina —kiokemodinos— y que conocen ya, en forma muy rudimentaria, la navegación, los tejidos y la alfarería. Tipos salvajes, también pescadores fueron los Urus, primeros habitantes de la cuenca del Lago Titicaca, en quienes algunos antropólogos creen encontrar parentesco étnico con los botocudos de las selvas brasileras. Max Uhle afirmó haber hallado entre Chorrillos y Pativilca, en el departamento de Lima, restos de un grupo de pescadores antropófagos, en pleno estado de salvajismo, cuyos artefactos tienen algunas analogías con los fabricados por los aborígenes de la costa de Chile y de la Tierra del Fuego. He ahí el ciclo pigmoide en la concepción de la teoría de los círculos culturales.

Entre Pacasmayo y Chicama se han efectuado importantes descubrimientos paleontológicos y arqueológicos. Se han encontrado en esa zona restos de mamíferos hoy extinguidos, así como una terraza fluvial de acumulación, en cuya superficie arenosa existen los vestigios de una flora tropical y exuberante, extinguida y difícil de clasificar. También se encontraron instrumentos humanos y vestigios incipientes de alfarería. El Dr. Otto Welter, que ha estudiado estos hallazgos, afirma que los mamíferos debieron haber

(1) P. Sumilla. "El Orinoco".

coexistido con el primitivo hombre americano que migró del Asia en la última época interglaciar o la post-glaciar y que desaparecieron al extinguirse los bosques tropicales cuyas plantas les servían de sustento. (1). Reafirmando la coexistencia del primitivo hombre peruano con la fauna de grandes mamíferos extinguidos en la alta sierra, el Sr. J. A. Broggi cita la coexistencia de restos humanos y del "megatherium americanum con el hyperyppidium peruanum" en una cueva de la apartada región de Quishuarcancha, vecina al Cerro de Pasco, que según sus cálculos debieron vivir hace tres mil años aproximadamente.

Corroborar nuestra opinión sobre la similitud de la trayectoria social del Perú prehistórico con los demás pueblos primitivos, "La Nueva Cronica y Buen Gobierno" de Felipe Guamán Poma de Ayala, reliquia bibliográfica, descubierta en 1908, por Richard Pietschmann, en la Universidad de Copenhague y editada recientemente por el Instituto de Etnología de la Universidad de París. Los primeros hombres del Perú fueron salvajes que habitaban en cuevas o cavernas, se alimentaban de productos silvestres y formaban tribus recolectoras o cazadoras a las que Guamán Poma califica de "generación Huari Huiraccha Runa". Posteriormente la recolección de frutos, al igual que en otros pueblos primitivos, engendra, en el Perú, la agricultura, uno de los orígenes de la ciudad. Iniciado así en el laboreo de las tierras, el hombre vive en "pucullos", es decir en pequeñas habitaciones de piedra. Su mentalidad intenta explicarse los fenómenos de su mundo circundante y se refugia en el mito. "Huari Runa" llama a esta generación Guamán Poma. Más tarde se inicia el arte de los tejidos. El hombre cubre sus casas de piedra con techos de paja. Beneficia los metales.

(1) Otto Welter. Ob. cit.

Reconoce una autoridad, atisbo del Estado. "Purum Runa", denomina Poma de Ayala a esta tercera etapa en la evolución social del Perú primitivo. En la cuarta etapa —generación Auca Runa— los hombres se dedican a la guerra, construyen fortalezas en sitios estratégicos, incrementan su acervo mítico y practican algunos deportes para vigorizar sus músculos. (1).

Cieza de León narra que nuestros aborígenes vivían en las cuevas naturales, en los huecos de los árboles o en los resquicios de las peñas. "Si es cierto o no —afirma— sábelo el altísimo Dios que entiende de todas las cosas, porque lo que voy contando no tengo otros testimonios ni libros que los dichos de estos indios". (2) Garcilazo de la Vega consigna también la existencia de estos hombres cavernarios en los albores de nuestra evolución social. (3) Y tal afirmación adquiere verosimilitud porque en nuestro territorio existen cuevas como las del Cuzco, Huamalíes, Huánuco el viejo, Lima y otros puntos que bien pudieron servir de morada a los primitivos pobladores del Perú. El Dr. Pedro E. Villar Córdova, en su obra "Las Culturas Pre-hispánicas del Departamento de Lima" distingue tres clases de cavernas: 1) caverna-habitación como las galerías subterráneas de "Yuracpuquio" y "Huáchac" (cordillera de la viuda), "Wakon-pahuaín", "Huayocuay", "Acacay", "Jilcancachán", "Kakán", "Kahuera" y "Huanca-Machay"; 2) cavernas-adoratorios como las de Cahuera, en el pueblo de Viscas-Arahuay, "Wakonóahuain, en la altura del pueblo de Huacos, "Cordor-huachaní" en las alturas de la ciudad de Canta, "Aco-Machay" y "Pichta-Machuay", en las cercanías del pueblo de Huancos, "Cullcocha" en el nevado de Mango; y 3) caver-

(1) Felipe Guamán Poma de Ayala, "La Nueva Coronica y Buen Gobierno".

(2) Cieza de León, "La Crónica del Perú" (II parte).

(3) Garcilazo de la Vega, "Comentarios Reales".

nas-sepulturas, necrópolis que sirvieron para dejar los despojos de sus muertos. (1).

Comprobado está, pues, que los hombres que por primera vez llegaron a nuestro territorio fueron producto de importación y vinieron en estado de salvajismo. Inmigrantes y salvajes, pero inteligentes, esos hombres, en un proceso que debió durar muchas generaciones, fueron forjando, lentamente, los signos de la cultura peruana precolombina que, por lo mismo, es autóctona, reacción de la raza y del medio, hija del Ande y, como el Ande, con un recio aliento de eternidad, perpetuando en el grito mudo —válgame la expresión— en la mudez elocuentísima de sus piedras multimilenarias.

Es el Perú un regalo de los Andes como el Egipto es un don del Nilo. Los Andes —perenne mandato al esfuerzo de los hombres— nos han dado todos los climas, todos los productos, todas las riquezas, casi todo lo que tenemos. Por ellos, en confabulación con la corriente marina de Humboldt, no llueve en nuestra costa árida, en donde el empeño humano, rectificando la obra de la naturaleza, está ganando millares y millares de hectáreas para el cultivo. Explican los Andes el esfuerzo creador del Perú primitivo en la domesticación de las plantas y de los animales. A ellos se debe la lucha tenaz de nuestros aborígenes para ganar a la agricultura las estrechas gargantas de la sierra y aún las rocas de las cordilleras, mediante el sistema admirable de los andenes incaicos; luego la pugna vigorosa y en no pocos casos sangrienta, de la Colonia, para arrancarle los metales preciosos

(1) Pedro E. Villar Córdova, "Las Culturas Prehispánicas del Departamento de Lima".

que hierven en sus entrañas; más tarde, el esfuerzo de la República por dominarlos con los ferrocarriles y las carreteras y llegar hasta el océano verde, gigantesco y en veces encrespado de las selvas amazónicas, ese Dorado leyendario que acicateó hace algunos siglos la codicia de los conquistadores hispanos y allí donde la utopía de hoy pone la cuna de la humanidad futura, los Andes nos hicieron, desde el Incanato, esforzados, luchadores y fuertes.

Al dividir a nuestro territorio en tres regiones geográficas, la cordillera andina ha creado tres tipos sociales distintos: el costeño, el serrano y el selvático.

La Costa, región llana y abierta, despejada y benigna, apta para la aclimatación de los extranjeros, recibió, desde los tiempos remotos, las influencias civilizadoras del mar, que paradójicamente une a los pueblos que separa. Creó en las épocas precolombinas, sus culturas propias de alfareros y tejedores en Chimú, Pachacamac y Nazca, allí donde la cerámica tuvo un hondo sentido social porque el alfarero —historiador nativo— tradujo, en el milagro del barro, las orientaciones, las creencias míticas, los anhelos y la vida de la colectividad, en esa vasta trayectoria del ayllu el imperio. Los hombres son un pedazo de tierra y —denuncia de la raigambre totémica— se sienten allegados a la fauna. Por eso los ceramistas llevan a la arcilla, llena de gracia y de frescura, la vida de los lobos marinos; del sapo, portador de las buenas cosechas; del felino simbólico y divinizado; del zorro pequeño y astuto, habitante de los desiertos costeros, adorado entre las tribus preincaicas, dueño de una celebridad que ha sobrevivido en cuentos y apólogos en los que pasea su picardía y donosura.

Los pueblos costeros fueron dominados, primero por los quechuas que vinieron por tierra y luego por los iberos que llegaron por mar. Sucesivas incursiones trajeron cambios

étnicos y alteraciones sociales. El comunismo agrario de los Incas antagoniza con el feudo hispano del coloniaje, antecedente del latifundio republicano. La amplitud del horizonte costeño y la benignidad de su clima, unida a la escasez del agua, han forjado el carácter de ese nuevo producto étnico. El hombre de la costa no dispone fácilmente de los recursos que necesita y lucha para conseguirlos. Es optimista. No tiene la melancolía de la sierra que lo oprima, ni de la cordillera que lo detenga. Es un hombre migratorio. Desgasta sus energías. Se desapega del campo y se acerca más a la ciudad. Es más obrero que campesino. Y tiene preocupaciones, inquietudes y aspiraciones que no alimenta el hombre de los Andes.

Distinto es el panorama social de la Sierra que cubre una gran porción territorial del Perú. El serrano tiene a su alcance todas las materias primas y los productos necesarios para su sustento. Por lo mismo no lucha por la vida que no le brinda lujos, pero que tampoco lo condena al hambre. Quienes vienen a luchar y a enriquecerse son los de afuera. Toda la familia —marido, mujer e hijos— contribuye, con su trabajo, al sustento del hogar. Vida fácil y modesta, sin más perspectivas que los problemas de su pequeño mundo circundante. Otrora el hombre de la Sierra forjó las culturas megalíticas del Tiahuanaco y de Chavín donde la piedra se hace espíritu. Los Incas, organizadores de pueblos, crearon allí un Imperio el más vasto de la América precolumbina y un régimen social, en forma de pirámide, estratificado en una escala de poderes, privilegios, castas nobiliarias, curacas sometidos, pueblo tributario y yanacunas esclavizados, incompatible con la catalogación socialista que se le ha atribuido indebidamente, acaso por ciertas formas de comunidad agraria, anteriores al Incanato y que nunca llegaron a extenderse en todas las regiones del Tahuantisu-

yu. El sistema incaico fué, por el contrario, antisocialista, a tal punto que no es posible parangonarlo ni con el socialismo utópico, preconizado por Platón en la Antigüedad y por Thomas Moro en los Tiempos Modernos, ni con el socialismo cristiano encumbrado por los primeros padres de la Iglesia, ni con el socialismo llamado "radical" que se extendió en Francia, Alemania e Inglaterra, en el siglo pasado, ni con el socialismo científico cuyo padre fué Karl Marx, creado para una sociedad de tipo industrial, en la que vivió Marx, incompatible con la sociedad de tipo agrario en la que vivieron los Incas.

El socialismo combate las castas y los privilegios dinásticos y religiosos y el Incario fué, precisamente, un régimen de castas y un estado teocrático militar. El Inca fué sagrado para sus súbditos. Era hijo del Sol. Se consideraba divino y hasta el advenimiento de Inca Roca, fundador de la segunda dinastía, concentró en su autoridad todos los poderes políticos y religiosos. Era el Emperador y el Villac Umu. Los Incas impusieron su autoridad organizando, ordenando y unificando a las poblaciones del territorio sometidas en épocas anteriores a curacas y mandones, rivales entre sí, que dominaban pequeñas porciones, en un sistema parecido al feudalismo medioeval. Los Incas respetaron intencionalmente en los pueblos dominados todo aquello que podía ser aprovechable para sus fines de explotación y destruyeron o modificaron tan solo aquello que podía representar un peligro para su predominio. El Incario fué, de esta suerte, un estado señorial, absolutista, militar teocrático, basado en una economía agraria colectivista y en una profunda división de clases y erigido sobre el dominio, mediante la conquista de pueblos que vivían primitivamente en grupos aislados y rivales.

No existió en el Incanato la igualdad social que pre-

conizan todas las escuelas socialistas, acordes en combatir todas las noblezas de sangre. En el vértice de la pirámide social estuvo el Inca, que fué el Luis XIV de nuestra prehistoria. La familia imperial formada por sus hijos, sus hermanos y sus concubinas, constituye la primera clase noble. Integraban la segunda clase nobiliaria aquellos cuya sangre dinástica se había mezclado con familias que no la tenían. Nobles de tercera categoría eran los curacas o caciques, antiguos régulos que habían aceptado, sin resistencia, la conquista de los Incas, a quienes rendían vasallaje y pagaban tributo y de quienes recibían algunos privilegios. En la base de la pirámide, soportando todo su peso, estaba la clase inferior, el pueblo que sostenía con su trabajo a las clases superiores.

“La aplicación de un plan despótico —afirma acertadamente Louis Boudin— permitía obtener no solo un rendimiento suficiente para alimentar a los trabajadores, sino también la plusvalía para la élite”. (1). Fueron los Incas, antes que los españoles, quienes traumatizaron a la mentalidad indígena, cuya historia se detuvo en 1531. La multitud de los indios tuvo esa “inagotable sed de sometimiento” de que habla Le Bon. Fué una arcilla dócil en manos del Inca organizador y prepotente. Jamás el monarca consultó a sus vasallos, ni los reunió en asambleas deliberantes, ni los ensayó en las prácticas democráticas. Antes que padre de sus súbditos, se sintió jefe de su imperio. “Si yo diera una orden, hasta los pájaros dejarían de volar” cuentan que dijo Atahualpa a Pizarro. ¿Donde está entonces el socialismo incaico?

No es posible confundir la comunidad de los ayllus con el estado de los Incas. El ayllu es anterior al Incario y no llegó a extenderse en todas las regiones del Imperio. Dentro

(1) Luis Boudin, “El Imperio Incaico”.

de cada ayllu existía, es cierto, el régimen comunista: cada individuo trabajaba según su capacidad, entregaba al ayllu los frutos de su trabajo y recibía del ayllu un aporte agrícola en armonía con sus necesidades. El ayllu cumplió, en parte, el ideal maximalista; pero el Imperio supeditó a los ayllus y los obligó a trabajar también para el Inca y para el Sol. Los Incas destruyeron las posibles asociaciones de ayllus o las conservaron nominalmente cuando les convino hacerlo. Coexisten así el ayllu y el Estado incaico, pero entonces el ayllu, antes de servirse a sí mismo fué un obligado servidor del Estado.

No existió, pues, el socialismo de los Incas. Existió, en cambio, el comunismo de los ayllus. Pero sobre ellos crearon los emperadores un régimen de castas, de privilegios y de traumatismos espirituales, incompatibles con las concepciones socialistas.

Difiere del costeño y del serrano el hombre de la selva, curiosa paradoja de indolencia y dinamismo, reflejo de la propia naturaleza que a veces lo brinda todo y a veces todo lo niega. Tiene un alma primitiva y no lo angustian los problemas del espíritu.

Los Andes tienen distintas alturas. Cada altura posee un clima propio y cada clima tiene sus productos especiales. Las vértebras andinas determinan, por eso, que el Perú tenga los productos de todos los climas, aparte de guardar también las ingentes riquezas del subsuelo. Las zonas productoras determinan la afluencia de la población. Son centros convergentes de los núcleos humanos. Las regiones mineras de los Andes son las más pobladas por la cantidad de brazos requeridos para las explotaciones metalúrgicas. Las zonas agrícolas en los valles interandinos concentran también a las poblaciones. En las punas, al parecer interminables, viven

algunas comunidades y pastores una vida rudimentaria y pobre.

El problema étnico-social que, desde la pre-historia, plantean los Andes es doble: aclimatación para los naturales del lugar y adaptación para los recién llegados. Más que en ninguna otra región del mundo, el hombre es, en América, pedazo de tierra, función del clima. La movilización humana de la sierra a la costa y viceversa trasunta la “agresión climática”, que se caracteriza por perturbaciones orgánicas, muchas veces graves y aún mortales en los individuos. Este fenómeno ya era conocido por los Incas. Cuando Huayna-Cápac, después de dominar Quito, bajó a la costa para conquistar al Chimú, renovó su ejército tres o cuatro veces para librarlo de la acción mortífera del clima cálido. Y en el régimen de los “mitimaes” —colonización interior, obediente a razones políticas, militares y económicas— los emperadores incaicos cuidaron celosamente asegurar la aclimatación previa de esas migraciones del nomadismo indiano. Algunos delitos se castigaban enviando a sus autores a regiones de distinto clima donde los trabajos en las chacaras del Inca agotaban punitivamente sus energías. Los hombres de la costa conocieron también los mortales efectos de la “agresión climática” y, confiando en ella como en una aliada, duplicaron su resistencia contra la fuerza expansiva del Imperio. Esta acción del clima estuvo también reconocida y expresada posteriormente en los documentos históricos de la Conquista y el Coloniaje, en los relatos de Miguel de Estete uno de los compañeros de Pizarro, del Licenciado Fernando Santillán (1550), del Padre Cabello Balboa (1576), en la carta de Hernando Pizarro a la Audiencia de Santo Domingo, en la Memoria del Virrey Príncipe de Esquilache, en las obras de Garcilazo de la Vega y en algunas otras más.

Si los primeros pobladores de nuestro territorio fueron inmigrantes, las primitivas culturas peruanas son, en cambio, autóctonas, producto de la raza y del medio, esfuerzo plurisecular de muchas generaciones que aquí nacieron, desarrollaron sus posibilidades y supervivieron en sus obras, cada vez más perfectas.

Sostiene Max Uhle el origen costeño de la cultura peruana y le asigna un abolengo maya. Considerando a la civilización como una "planta acuática" que brota siempre a orillas de los mares, de los lagos y de los grandes ríos, explica la plasmación de nuestras culturas aborígenes en la costa y su proyección posterior hacia la sierra, en un proceso en que el proto-chimú resultaría padre de Chavín y Nazca progenitor del Tiahuanaco.

Otra hipótesis, basándose en que las mesetas son centros productores de culturas, afirma que las punas andinas, por sus condiciones biológicas-sociales para almacenar grandes colectividades humanas, contienen el humus de la cultura mucho mejor que en la costa, en la que, a excepción de unos cuantos valles, no pudieron formarse y vivir esos inmensos agregados, Chavín, pueblo construido sobre el río Puccha, afluente del Marañón, resulta, dentro de este criterio, el epifoco de la más arcaica cultura peruana, forjada por el hombre forestal que trajo en su viaje a la sierra la idea y el recuerdo del jaguar, animal montañés temido, venerado y cuya evolución antropomórfica se constata en el arte pétreo de la "Estela de Chavín" o Piedra Raymondi. Las hoyas interandinas condicionaron la existencia de los primeros pobladores. Los auquénidos les facilitaron la vida después de que el hombre aprendió a domesticarlos. Y luego, en busca de pasto para sus ganados, los hombres recorrieron toda la región interandina, llevando a través de ella los signos de la cultura amazónica del Marañón; descendieron a los valles de la sie-

rra, plantando sus hitos culturales en el Callejón de Huaylas (Aija); y bajaron finalmente a la costa para producir en ella distintos estilos de arte.

La experiencia histórica presenta argumentos valiosos para sostener ambas hipótesis. Ciertamente es que desde Homero se reconoció al mar como cuna de la civilización; que el Nilo, el Ganges, el Tigris y el Eufrates vieron formarse, a lo largo de sus riberas, grandes colectividades; que en las orillas del Mediterráneo se desarrollaron las brillantes culturas antiguas del Egipto, Grecia y Roma. Pero no es menos cierto que, en el Asia, las mesetas interiores del Himalaya y del Pamir fueron focos poderosos de cultura; y que, en América, las mesetas produjeron las culturas azteca y tiahuanacuense.

La ciencia culturoológica exige un mínimo del 70 % de elementos culturales tomados de un pueblo a otro para afirmar la derivación de su cultura. Existen algunas analogías entre las culturas primitivas peruanas y maya. Los templos mayas se asemejan, por la forma de sus terrazas y por sus motivos ornamentales, con las huacas del Sol y de la Luna, halladas en Moche. La escoloperidra o ciento piés que encontró Uhle en los ceramios protoaztecos es una conocida divinidad en el arte maya. Algunos motivos arquitectónicos del templo de Chavín son las serpientes que también recibían culto especial entre los mayas. Serpientes son, igualmente, los cetros de la divinidad y las estólicas de la Piedra Raymondi, así como los adornos de la Portada del Tiahuanaco, cuyo ídolo —representación de Viracocha con hábito talar— tiene alguna semejanza con los dioses centro-americanos. Toda esta influencia representa, sin embargo, apenas el 10 % de los elementos culturales mayas en el proceso espiritual del Perú antiguo. En cambio el jaguar, divinidad suprema y unidad artística en las culturas primitivas, es de un innegable origen forestal, sin ninguna influencia maya. Y, excep-

ción hecha de los spondylos, tampoco vinieron del norte los elementos tecnológicos.

Afirma Troll que tres grandes ondas civilizadoras —arahuacos, tiahuanacos y tihuanacuyenses— llegaron sucesivamente al antiguo Perú. La hipótesis arawak se vincula con el origen atlántico de los primeros pobladores de América. El pueblo arawaka, el más antiguo del continente, debió ingresar por la hoya amazónica. Uhle entronca su parentesco con el hombre de Arica, en mérito a unos restos encontrados en sus tumbas; con los urus, habitantes de la cuenca lacustre del Titicaca y del Aullagas; con los changos y los atacameños. Los arahuacos selváticos escalarían los Andes, estableciéndose después en las punas, tan propicias a la concentración de grandes masas, y serían posteriormente desalojados por los tiahuanacuenses.

El profesor Posnansky está convenido de que el más antiguo edificio de hechura humana se halla en el Perú, construido antes de que existiera el lago-mar, o sea antes de la última, glacialización, en el Haconta-Palayani, continuación del Titicaca, más allá de la desembocadura del río Desaguadero. Induce por sus ruinas la potencialidad cultural del peruano primitivo. (1).

La Escuela histórico-cultural sostiene que las culturas superiores de los Andes son el resultado del choque o la mezcla de dos círculos culturales distintos: el totémico-patriarcal y el exogámico-matriarcal. Posteriormente intervendría un tercer grupo, el patriarcal-libre, aportado por los Incas. Operaríase esta fusión de manera desigual, predominando el círculo totémico patriarcal en el sur y especialmente en la región interandina y el círculo matriarcal exogámico en el norte y en la costa. Schmidt, en su libro "Círculos de Cultura y Capas Culturales", nota la coincidencia que, en sus rasgos

(1) A. Posnansky, Ob. cit.

esenciales, presentan los círculos de cultura sudamericana y los círculos de cultura universales. (1). Hermann Trimborn vincula el Estado Incaico al círculo de los estados señoriales. Frobenius asigna a la cultura peruana, sin menoscabo de su autonomía, un sitio en lo que él denomina “círculo de la alta cultura mágica” cuya jurisdicción coincide con el anillo volcánico del Pacífico, las costas occidentales americanas, el Japón, la China, la Polinesia, la India y Madagascar.

La mayor suma de elementos culturoológicos del Perú antiguo son completamente distintos de los elementos constitutivos de las culturas asiáticas y oceánica. Tampoco las culturas precolombinas pueden ser incorporadas en la concepción spengleriana porque no tuvieron los caracteres de la cultura apolínea como la griega, ni de la mágica como la árabe, ni de la fáustica como la occidental.

Un mismo ritmo impulsa el movimiento y la evolución de las distintas culturas antiguas, pero cada una de ellas conserva su fisonomía propia e independiente. Por eso, la civilización de los Incas, aunque autóctona, presenta curiosas similitudes con las de otros pueblos lejanos de Europa, Asia y Africa, que no podrían ser explicadas por el contacto directo entre ellos, en razón de las enormes distancias que los separaban; y que, por lo tanto, deben atribuirse al cumplimiento de la ley del paralelismo en la evolución de las distintas colectividades primitivas. El ayllu tiene algunas analogías con el mir ruso, la “dessa” de Java y el allmand de Suiza. El reparto anual de las tierras de cultivo entre las familias incaicas se parece al de los germanos. El sistema de los mitimaes —trasplante de los pueblos vencidos a otras regiones para garantizar su mejor sometimiento— era conocido por los asirios y los babilonios. Los “quipus” tienen su sinónimo en los cordones agrandados de la primitiva escritura china y algunas

(1) P. Schmidt, “Círculos de Cultura y Capas Culturales”.

analogías con cierta forma de escritura usada en Australia Occidental. Lo propio ocurre con los montones de piedra denominadas “apachetas”. La división territorial aborigen era análoga a la romana. El culto al Sol era conocido en el Perú, en México, en el Egipto y en el Japón. El Inca y el Faraón se consideraban “hijos del Sol” de la misma manera que a los antiguos emperadores chinos se les veneraba como a “hijos del cielo”. El culto a los muertos es general en todos los pueblos asiáticos y americanos.

Fruto del espíritu colectivo que nació y se expandió en nuestro propio ambiente, las culturas del Perú antiguo fueron obra de nuestros propios indios cuyo genio, multiplicado en las fortalezas, ciudades y templos megalíticos, en las maravillas de la orfebrería, de la cerámica, de la alfarería y de las artes textiles, tanto en la costa como en la sierra, ha sobrevivido a todos los cataclismos históricos, afirmando, en el espacio y en el tiempo, sus signos recios de eternidad.

ROBERTO MAC-LEAN Y ESTENÓS.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»